1

LITERATURA Y PERIODISMO EN EL SIGLO XVIII

1.1. Un nuevo concepto de comunicación y difusión cultural

A pesar de la difícil situación con que se abre el siglo XVIII en España, pronto se dejó notar la necesidad de contar con la prensa para la difusión de las nuevas ideas de cultura y progreso que ya se extendían por Europa. Los tiempos habían cambiado. Fue común en la Ilustración la conciencia de que, si se quiere llegar a una capa importante de población, hay que apartarse de los métodos antiguos, como los grandes libros in-folio, y aprovechar todos los medios al alcance, como son el teatro, la novela incluso –tan poco considerada desde una perspectiva clasicista como crecientemente popular– y la prensa: los papeles periódicos, que en este siglo se conciben, fundamentalmente, desde el punto de vista de su valor con respecto a la difusión y comunicación cultural (Urzainqui, 1995: 183-84). "Las obras grandes las leen muy pocos; el vulgo sólo gusta de papeles ligeros que lo entretengan con la novedad y no los fastidien con largos razonamientos", dirá Juan Sempere y Guarinos en su *Ensayo de una biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III*. Y añade razones a la conveniencia de las obras periódicas en este lugar y otros de su obra: si se saben hacer agradables, las comprarán muchos por su poco precio y el gusto de satisfacer la curiosidad con las noticias –por tanto, la referencia a la actualidad– que contienen; sirviendo de orientación con respecto a los libros que se publican, también en otros países, pues "su pequeñez las hace volar con facilidad por las naciones extranjeras" (Sempere, 1969: I, 38 y 39).

Debido a la limitación de espacio y al carácter de este libro, sólo pueden apuntarse aquí aspectos esenciales del tema concreto de las relaciones entre movimientos literarios de la Ilustración y la prensa de la época; sin entrar, ni siquiera en ellos, en la exposición de aspectos particulares que la investigación sobre el siglo XVIII ha puesto de relieve en importantes trabajos. Todos los temas característicos de la Ilustración –educación, actuaciones en favor del progreso de las luces, cosmopolitismo, estilo sin afectación, etc.– favorecen positivamente el desarrollo de la prensa. En efecto, la prensa española, con la europea como constante punto de referencia, se configura como cauce ideal para las ideas ilustradas. De hecho, desarrollándose en estrecha conexión, la prensa aparece como prácticamente privativa de la minoría ilustrada. Así, en el siglo XVIII en España, en el

resto de las publicaciones, aunque hay algunos cambios significativos en sus materias, siguen siendo éstas las mayoritarias de la época anterior; sin la incorporación de temas ilustrados en proporción similar a la que se dio en la prensa.

Como un esquema de periodización que sirva de cañamazo al desarrollo posterior de estos temas, pueden observarse en la prensa en España y en su relación con la literatura, cuatro grandes etapas que coinciden, en rasgos generales, con períodos importantes de la historia general. Cabe establecer un concreto punto de partida: el año 1737, con el *Diario de los literatos de España*; y un continuo desarrollo, con algunas fases de recesión, en los años siguientes. En el largo reinado de Carlos III pueden diferenciarse dos etapas: la primera, dominada en el campo del periodismo por *El Pensador* (1750-1770), y la segunda, de 1780 a 1791, por *El Censor* (Guinard; 1973). En 1791 se suprimen todos los periódicos excepto la *Gaceta* y el *Diario de Madrid;* pero casi inmediatamente después, y precisamente coincidiendo con un mayor desarrollo de la crítica de obras de ficción, la literatura y el periodismo de la época de la Ilustración entran en su etapa final, que puede fijarse en 1808, con el comienzo de la Guerra de la Independencia. A partir de la guerra, que finaliza el período ilustrado, cambia profundamente el carácter de la prensa periódica. En cuanto a la literatura, será entonces cuando irrumpa plenamente la cuestión del nuevo movimiento romántico, con la polémica, fundamentalmente desarrollada a través de la prensa, entre Böhl de Faber y José Joaquín de Mora, a partir de 1814. Sin embargo, los restos de la época ilustrada, en literatura como en prensa, todavía serían preponderantes; aunque, salvo excepciones –en cualquier caso, fuera de tiempo– sin apenas valor.

1.2. Relaciones entre literatura y prensa

Aunque la palabra "literatura" tiene en el siglo XVIII el valor de cultura, de lo escrito en general, sea cual fuere el campo de su especialización, la literatura en sentido actual –la literatura de ficción, las obras de creación con finalidad estética– tiene una relación evidente con la prensa; y, de un modo característico que más adelante se estudiará, con la prensa del XVIII. En periódicos y revistas se publican poesías y obras narrativas; algunas manifestaciones de los distintos tipos de géneros literarios aparecen especialmente vinculadas al nuevo cauce de la prensa con sus condiciones de espacio, estilo requerido y periodicidad. A su vez, las obras literarias que tuvieron en la prensa su primer lugar de publicación, fueron recibidas por el público precisamente con los efectos correspondientes al medio en que se encontraban: popularidad y rapidez de difusión, –es decir, elevado número inmediato de lectores–; en un contexto de actualidad y variedad de noticias que, en la prensa no especializada, facilitaba el vínculo de la literatura con los demás aspectos de la vida, en ideas, política y sociedad.

Por otra parte, la difusión y contraste de las ideas literarias en la prensa, a través de polémicas, reseñas, estudios críticos, intervención directa de los lectores en cartas, e intervención fingida en cartas inventadas de los redactores, tuvo un gran desarrollo en los distintos tipos de la prensa dieciochesca. Un resumen de estas relaciones entre prensa y literatura puede encontrarse en los estudios de Francisco Aguilar Piñal (1991), Ana María Freire López (1995) e Inmaculada Urzainqui (1995). En esta introducción, se esbozarán, de modo general, algunas cuestiones que serán desarrolladas en los apartados

correspondientes a la creación literaria en prensa y la crítica literaria en el período de la Ilustración.

A lo largo de la historia de la literatura en la época de la Ilustración, pueden diferenciarse distintas opciones estéticas marcadas muchas veces por el hincapié que se hace en diferentes aspectos vigentes en la época: la claridad y racionalidad, el enfoque pedagógico y de utilidad, el predominio de la sensibilidad o el deseo de recobrar el espíritu de los clásicos; por lo general, con cierto predominio de alguno de estos aspectos en determinadas épocas, o bien, dentro del mismo período, en algunos escritores o grupos de ellos. Estos distintos estilos o tendencias dentro del siglo XVIII, tienen su correspondiente representación en prensa. Se observa en diferentes empresas periodísticas, según la sensibilidad de los escritores que se relacionan personalmente y publican en las mismas páginas, con la de los redactores del periódico, en general –como podemos apreciar en *El Censor,* con las colaboraciones de Jovellanos y Meléndez Valdés–; muchas veces en pugna con otras tendencias y grupos literarios, dentro del marco de la relativa urgencia de la prensa de la época.

Como ocurre en nuestros días, la avanzada de los nuevos tipos de literatura, en aquellos géneros susceptibles de su publicación en periódicos, se hizo muchas veces en la prensa periódica, por la que tuvieron conocimiento directo y rápido los lectores, con la consiguiente difusión. Indudablemente, acompañado de una multitud de composiciones literarias de poca o ínfima calidad, y muchas veces sin conexión con ningún adelanto literario. El periódico fue, precisamente, un estímulo para la creación –en general para la intervención en prensa– para muchos que nunca hubieran pensado escribir (Aguilar Piñal, 1991: 154), sin que estuviesen especialmente preparados o dotados.

Esta función de dar a conocer, con la exposición y consiguiente difusión, las nuevas tendencias literarias, se realizó también a través de los distintos tipos de crítica literaria. Tanto en la creación como en la crítica, la comunicación con el extranjero, dentro de los objetivos generales de la Ilustración, y, por tanto, la apertura y relación con las literaturas europeas, especialmente Francia, Inglaterra e Italia, fue una de las fuentes constitutivas de la renovación de la literatura española en el siglo XVIII. Por lo que respecta a la crítica, esto se da de modo particularmente expreso, puesto que constituía casi la premisa fundacional de muchas publicaciones. Por lo demás, en España y en los demás países europeos, era base elemental común en la redacción de la prensa, la utilización de periódicos (y libros) extranjeros para dar a conocer teorías estéticas y obras de creación, así como para difundir las novedades literarias de los países respectivos. Para la literatura española, esta relación –con todas las dificultades y características que supone la prensa en la época en Europa y España–, resultaría muy beneficiosa. En este sentido, entre los textos literarios traducidos e incluidos en prensa hay algunos que tienen un interés particular por lo que suponen de introducción temprana o inesperada de obras extranjeras, como las traducciones de novelas de Marmontel que da Nifo en el *Novelero de los estrados* (1764) o los fragmentos del *Emilio* de Rousseau que –lógicamente, por las circunstancias de la época, sin citar– se incluyen en *El Censor* (Guinard, 1962). Evidentemente, las noticias literarias, en sentido amplio, podían llegar sólo con relativa rapidez. A la celeridad que se supone a la prensa con respecto al libro de estante (en volumen), hay que oponer las dificultades de comunicación de la época y los trámites de la censura que, a pesar de que, con el tiempo, se hicieron intentos para remediarlo en el caso de la prensa, retrasaban enormemente la publicación de las obras periódicas, en menoscabo de la posible frescura de las noticias

literarias. Una ambiciosa meta de velocidad fue, por ejemplo, el *Correo Literario de la Europa*, en el que Escartín proyectó dar razón en España de las novedades literarias que se publicaban en los periódicos de París, con una diferencia temporal máxima de seis meses. Podría verse en cada periódico, al incluir, como así se hizo, en la cabecera de los ejemplares, las fechas correspondientes de la publicación de las mismas, en París y en Madrid, respectivamente; proyecto que, por otra parte, no pudo mantener mucho tiempo.

Tiene también importancia con respecto a la literatura y la prensa en el siglo XVIII, el hecho de que el carácter periódico fuera la base de la separación de estas publicaciones de los libros impresos en volumen –a los que, por otra parte, eran parecidísimos, en cuanto a tamaño de formato y otras características de su aspecto externo, sobre todo una vez encuadernados, como estaba previsto, con la numeración correspondiente–; puesto que así se incluyen como pertenecientes a la prensa, títulos de dudoso o nulo carácter periodístico que tradicionalmente se han considerado así, y quizás sea lo lógico si no quiere caerse en un punto de vista anacrónico. Este tipo de prensa, muchas veces de carácter antológico, se dedicó, en ocasiones, a publicar textos literarios de distinto tipo, como hizo Nifo en el *Novelero de los estrados*; o bien adaptó a la periodicidad, como ocurrió con la *Tertulia de aldea* (1775), las antiguas obras misceláneas de relatos enmarcados; la evolución del género, en ámbitos europeos ilustrados, daría obras tan conocidas en la época como *Las veladas de la quinta*, de Madame de Genlis, y *Las tardes de la granja*, de Ducray-Duminil, en este caso de carácter educativo, pronto traducidas para jóvenes. Distinto es el caso de Bosarte que, con criterios filológicos, y como parte del estudio de la literatura española anterior, publicó en su *Gabinete de lectura española* (1787-1793) la versión del texto del ms. Porras de la Cámara, de *Rinconete y Cortadillo* y *El celoso extremeño* (distinta de la que finalmente publicó Cervantes), y que entra dentro del ámbito perteneciente a la prensa literaria especializada. La misma publicación de obras de literatura en prensa constituye en cierto modo, por razón de su periodicidad, un precedente de lo que en el siglo XIX será el caso de las novelas publicadas por entregas.

1.3. Un periodismo impregnado de literatura

Al ser la época de la Ilustración, el momento inicial del gran desarrollo de la prensa, ésta buscará de distintas maneras, a lo largo del siglo, la forma de su constitución, del mismo modo que algunos nuevos géneros literarios de la época. En esta búsqueda de la propia definición, los razonables ilustrados dan muestra de mucha imaginación, haciendo unos periódicos creativos, sumamente literaturizados en muchos casos; aunque no fuera así, al contrario, en el caso de los que pueden considerarse periódicos específicamente literarios dedicados a la información y crítica de libros en tono objetivo. En consonancia con sus modelos extranjeros, estas formas tienen en ocasiones un carácter de ficción literaria; a veces siguiendo los géneros de moda, como la novela epistolar, que constituye un caso peculiar de las relaciones entre literatura y prensa. El periódico que, como se ha visto arriba, se va a definir, en un sentido básico, por separación de las demás obras publicadas a causa de una oferta de periodicidad que atrae enormemente –además de las características subsiguientes de brevedad, actualidad, etc.–, tiende en muchos momentos a constituirse formalmente como una obra de ficción literaria en la que el hilo conductor de un número al siguiente viniese

dado por un personaje ficticio (que contempla, piensa, censura, etc., de donde proceden muchos de los títulos); o un grupo de personajes que incluye, enmarcándolo, en sus reuniones, tertulias, intercambios epistolares y otros tipos de comunicación –que pueden darse, a veces, combinados entre sí, como, por ejemplo, tertulias con corresponsales–, el contenido objetivo de la publicación. Se hace presente todo tipo de inspiración literaria: todas aquellas obras cuya configuración formal fuera susceptible de ser aprovechada para la comunicación periodística. Los ejemplos son variadísimos como corresponde a una prensa impregnada de literatura, muy literaturizada en muchos casos; y van desde la estructura de periódicos fundamentales como *El Pensador, El Censor, El duende especulativo*, etc., o incluso *El corresponsal del Censor*, en el género epistolar (en relación con sus modelos extranjeros, como en el caso de *The Spectator*) a otros intentos menores o limitados. Así ocurre en el *Correo de Madrid o de los ciegos* con la presentación en "rasgos" (narración de un suceso o anécdota) de la exposición de un tema, en lugar de un artículo de tipo ensayístico o, en el caso de un periódico menor, *El Tío Tremendo o los Críticos del Malecón* (1812-1814), en el que las noticias se daban a través de la ficción de una tertulia entre personajes del barrio del Malecón de Sevilla, con motivo de sus intervenciones (Freire López, 1995: 37).

En algunas obras literarias de la época puede verse la misma o parecida experimentación en la búsqueda de la determinación genérica. También se dan en sentido contrario: la constitución de un libro como un periódico –si no es un periódico, en realidad, lo que trata su autor, aunque sin declararlo, quizá por evitarse complicaciones, quizás inspirado por la prensa–; como ocurre en *El café* (1792) de Alejandro de Moya, probable seudónimo no identificado con seguridad, que tiene una cierta relación con las publicaciones periódicas. La obra recoge en su título un establecimiento, el café, (tan nuevo y tan de la época: ámbito, entonces, de intercambio de opiniones y de difusión y vulgarización de la cultura), al que declara querer describir en su actividad diaria. De modo evidentemente original, el libro se estructura como un café, que, en vez de capítulos, tiene mesas. *El café*, que tiene una segunda parte similar a la primera, no tiene argumento, sino que su materia, tan variada como la de cualquier periódico (sucesos, anécdotas, conocimientos de todo tipo, fragmentos literarios, etc.) se distribuye en lo que hablan los grupos de asistentes que ocupan o se reúnen en las distintas mesas; formando cada conversación algo similar a los distintos capítulos de un libro.

Como es lógico, no puede haber separación entre las ideas que preocupan a una época y sus diferentes expresiones en los distintos medios al alcance de las personas que en ella viven. En las manifestaciones escritas, la unidad se hace patente en la comunidad de temas, como no podía ser menos puesto que unos mismos eran los escritores/autores y los lectores. El mundo de la Ilustración se manifiesta también en los temas literarios y las distintas corrientes literarias que se suceden, a través de las obras de crítica y los distintos géneros de creación. Este doble reparto aparece reproducido en prensa, distribuyéndose crítica y creación en distintos apartados de cada papel periódico; o bien, dando lugar a prensa literaria especializada: en un periódico –según el generoso criterio con que se considera a la prensa periódica de este siglo–, dedicado entera o prácticamente a un aspecto de la literatura como es *El poeta*, de Nicolás Fernández de Moratín; o, por lo general, en los más numerosos e importantes, especializados en dar noticia y crítica de obras literarias (Urzainqui, 1995: 168-9).

Como ejemplo de esta lógica comunicación de interés entre obras de distinto carácter, puede verse el caso del cervantismo dieciochesco, de gran importancia en el campo de la eru-

dición, que informa multiplicidad de novelas directa o indirectamente inspiradas por *Don Quijote de la Mancha*: desde *Fray Gerundio de Campazas* del Padre Isla, hasta obras menores como *Vida y empresas literarias del Ingeniosísimo caballero D. Quijote de la Manchuela* (1767), de Cristóbal Anzarena, seudónimo de Donato de Arenzana. El mismo cervantismo aparece en prensa, en los contextos más variados; incluso puede servir de inspiración en la misma configuración de un periódico como *El Belianís literario* (1765) de López de Sedano, bajo el seudónimo de *Patricio Bueno de Castilla,* que sale con el propósito, en clara relación intertextual con la obra de Cervantes –y con la correspondiente de ésta con los libros de caballerías–, de defender a "los escritores desamparados y doncellas menesterosas".

La fluidez de relaciones entre prensa y géneros literarios de creación puede mostrarse en ejemplos de distinto tipo, como la inclusión de la prensa como motivo literario, que aparece en ocasiones en obras de la época. Por último, siendo los libros fuente principal para la prensa, lo publicado en ella pudo servir a su vez para llevarlo a una narración en libro. Así ocurre en un autor tan sensible al fenómeno de las publicaciones periódicas como Cándido María Trigueros, que publica en el tomo II de su obra *Mis pasatiempos. Almacén de fruslerías agradables* (1804) –cuyo título comenzaba en un principio por *Colección de varios papeles o Mis pasatiempos–,* un breve relato, "Los dos desesperados", que dice estar basado en una anécdota publicada en prensa, en Inglaterra. Trigueros, que la traduce, adaptándola al español, como declara en nota –y que se había inspirado en ella para escribir una obra de teatro–, muestra, indirectamente, el carácter poco definido de ciertas noticias de prensa, entre ficción y realidad:

> Esta anécdota se refiere como hecho verdadero en el tomo I de la obra inglesa intitulada *Lady's Magazine* año 1770, pág. 12, bajo el título *Happiness the effect of misfortune*, esto es, *La dicha efecto de la desdicha*. No sé que se haya traducido del original inglés a otro idioma ninguno, pero ciertamente merecía haberlo sido; y ora sea caso sucedido en realidad, ora sólo ideado, pinta con tal gracia el carácter que suele atribuirse a los ingleses, que me ha parecido digna de trasladarla a nuestra lengua; pero al traducirla de su original, no he querido atenerme a una puntualidad gramatical y pedantesca traducción, que la hiciese molesta; explicándola con libertad, nada quito que sea sustancial a la expresión, y la procuro poner corriente y agradable.

1.4. Conexión con otros ámbitos

Por su periodicidad, relativa rapidez de impresión y temas de interés actual, la prensa se convirtió en creadora de opinión pública y ámbito en el que redactores, colaboradores y lectores pudieron debatir sus ideas. Nunca la literatura es ajena al pensamiento que subyace en sus formulaciones: no sólo de tipo estético, sino con respecto al planteamiento general del autor en cuanto a religión y filosofía y en relación a las circunstancias históricas; de ahí que no se trate de una simple diferencia de gustos literarios la elección de una escritura "filosófica" en poemas de Jovellanos o Meléndez Valdés –no se diga en los textos de Trigueros o de Álvarez de Cienfuegos–, o el preciso neoclasicismo de Tomás de Iriarte en un soneto, por otra parte de sátira social, como *Tres potencias bien empleadas en un caballerito de estos tiempos*, que se publicó en prensa por primera vez. Además, la censura, con mayor o menor rigor de criterio, actuó durante todo el período. Como siempre que esto ocurre, aunque lo litera-

rio pueda considerarse, en principio, al margen, en las obras de ficción o de crítica literária podía leerse, de modo más o menos transparente, lo que pensaban sus autores en todos los órdenes: los que escribían y las diferencias entre unos y otros; en definitiva, contemplar el panorama de pensamiento del país a su través; lo que era de especial eficacia en los momentos en que la censura se recrudecía. Por otra parte, aun cuando los escritores y críticos, en muchos casos vinculados a la prensa en distintos grados, no tuvieran un papel político o social relevante –aunque sí en algunos casos, como el de Jovellanos y *El Censor*–, no dejaban de ser portavoces de aquéllos con quienes sentían afinidad y se relacionaban personalmente. Así sucedió con los que se agruparon, a comienzos del siglo XIX, en torno a Leandro Fernández de Moratín, Estala e Iriarte, frente a Quintana y su órgano periodístico *Variedades de Ciencia, Literatura y Arte* (1803-1806); a propósito de algo al parecer tan ajeno a otras ideas que no fueran las de estética literaria como, respectivamente, la adopción y defensa de los *Principios filosóficos de Literatura*, de Batteaux y las *Lecciones sobre la retórica y las bellas letras*, de Blair. Todo esto constituye otro tipo, distinto, de relación de la literatura en prensa con las ideas filosóficas o la política en general, que el que se da en las ficciones literarias –generalmente fábulas, cuentos o apólogos– en que las alegorías políticas o de enemistad personal se transparentan. Estas ficciones, siguiendo en sentido opuesto los criterios de adaptación cultural vigentes para las traducciones de novela y teatro, que españolizaban los textos extranjeros sustituyendo por ejemplo, los nombres propios y de lugar por otros españoles, se interpretan correctamente cambiando los lugares lejanos como África, China (Pekín, Cantón...), por la cercana España e inmediato Madrid. Así ocurrió en el sonado caso de *Oración por el África y su mérito literario*, cáustica contrapartida de *Oración apologética por la España*, de Forner, que valió a sus redactores la desaparición definitiva de *El Censor*.

Como se desprende de lo anterior, fue frecuente que importantes autores de la literatura del siglo XVIII español escribieran en prensa y promovieran empresas periodísticas. Todos fueron sus lectores, como era lógico, y en ocasiones puede precisarse el alcance de su relación con la prensa en memorias, cartas privadas y otros escritos. Aparecen también en listas de suscriptores, del mismo modo que lo son de obras literarias que por entonces también se publican en tomos mediante suscripción. Entre los autores literarios que tienen mayor relación directa con la prensa, puede citarse a Juan de Iriarte, Clavijo y Fajardo, Tomás de Iriarte, Cienfuegos, Forner, Comella, Quintana; de muchos otros se encuentran textos literarios publicados en prensa, como Jovellanos, Cadalso o Meléndez Valdés; otros, como Trigueros, García Malo o Meléndez Valdés, intentaron promover empresas periodísticas sin conseguirlo.

1.5. Investigación literaria y prensa

Por todo lo anterior, resulta evidente que el análisis de la prensa tiene gran interés para la investigación literaria. De hecho, actualmente se utiliza de modo habitual, sobre todo en aquellos períodos y aspectos de la investigación literaria de mayor rendimiento para este estudio, como son el costumbrismo, la recepción de determinadas obras literarias, especialmente en el campo del teatro, o el debate sobre nuevos movimientos en literatura y arte. Además, del interés que presentan los textos de creación y de crítica literaria incluidos en las publicaciones periódicas, la prensa supone una valiosa fuente de noticias

sobre autores, obras y actos culturales relacionados con la literatura. Algunos aspectos que podrían considerarse marginales, parodias y sátiras o, en otro orden, representaciones gráficas, así como su colocación dentro de la obra periódica, tipografía, etc., pueden ayudar enormemente a comprender el alcance de un movimiento literario, su popularidad, triunfo y fracaso; siempre que se interpreten bien estos datos y se realice una buena confrontación con los procedentes de las demás fuentes de investigación para la literatura.

Con respecto al siglo XVIII, los datos bibliográficos que ofrecen las reseñas críticas y la publicidad de libros en prensa, en la que también pueden aparecer indicaciones de puntos de venta y precio de los mismos, tienen gran interés puesto que, en algunos casos, no se habría conseguido de otro modo la información que proporcionan; además de la importancia de esa misma información: datos sobre ediciones de obras literarias actualmente perdidas, indicaciones sobre traductores y vía de traducción –generalmente a través del francés–, fecha de traducciones tempranas, en ocasiones desconocidas. Además de los datos, en los anuncios de libros suele incluirse una breve orientación crítica que tiene por objeto describir el contenido y proporcionar elementos de atracción para un futuro comprador; lo que facilita al investigador orientaciones valiosas para la historia de la literatura. Podrían citarse multitud de ejemplos; así, con respecto a la colección de novelas originales de Ignacio García Malo en la *Voz de la naturaleza. Memorias o anécdotas curiosas e instructivas* (Madrid, Pantaleón Aznar, 1787-1792, 6 tomos en 8°), que aparece anunciada en la *Gaceta* del 12 de junio de 1792:

> Esta obra es imitación de los cuentos morales de Marmontel, de las anécdotas de M. Arnaud y otros que escribieron por el mismo estilo. Útil a toda clase de personas para instruirse en los nobles sentimientos del honor, despreciar varias preocupaciones injuriosas a la humanidad, amar la virtud y aborrecer el vicio. Los 6 tomos contienen once anécdotas.

O el anuncio de *Historia de Amelia Booth*, de Henry Fielding (la *Gaceta*, 3 de noviembre de 1795):

> novela escrita en inglés [...] traducida al francés y de éste al castellano. Cuenta varios lances extraordinarios que sucedieron a dos esposos llenos de virtud, sensibilidad y honor. Las desgracias grandes que tuvieron que sufrir son una lección persuasiva para preparar el ánimo contra todo género de calamidades. Obra en la que reina la más sana moral y escrita en un estilo claro, sencillo, ameno y nervioso. 5 tomos en 8° (Se publicará uno al mes).

Por último, en la prensa se dan también, de modo singular, las batallas, que en el XVIII son interminables y virulentas polémicas –dentro de lo que permitían las leyes al respecto, que prohibían, por ejemplo, las sátiras personales–, sobre los aspectos literarios más debatidos; tanto si se trata de introducir novedades o promover un tipo determinado de literatura, como de acabar con viejas manifestaciones literarias decaídas en la época, como ocurrió en la polémica sobre la prohibición de los autos sacramentales. El teatro, por su condición de espectáculo público, con su enorme división a lo largo del XVIII entre el teatro popular, preferido por el público, y los intentos ilustrados de escasos y difíciles frutos –a pesar de que, justamente, le daban especial importancia para sus proyectos de difusión de las luces, en los distintos estilos y tipos de géneros dramáticos–, fue uno de los temas polémicos habituales más constantes y de mayor grado de intensidad en las páginas de los periódicos dieciochescos.